

ANTONIO GARCIA CUBAS

Nació en México, D. F., el 24 de julio de 1832 y ahí murió el 13 de febrero de 1912.

Hijo ilustre del Colegio de Minería y a quien se debe en buena parte la metodización de la geografía mexicana y excelentes trabajos geodésicos y geográficos. Funcionario de varios ministerios, distinguiose en el de Relaciones Exteriores por sus trabajos relativos al territorio nacional.

Entre sus obras pueden citarse: *Carta General de la República Mexicana*; *Carta General de la República Mexicana con comparación de los principales ríos de la República*; *Cuadro Geográfico y Estadístico de la República Mexicana*; *Comparación de las principales montañas según su altura*; *Atlas Geográfico, Estadístico e Histórico de la República Mexicana*; *Elementos de Geografía*; *Nociones de Geometría*; *Plano Orográfico de las zonas recorridas por el F. C. Mexicano*; *Atlas Geográfico, Estadístico, Histórico y Pintoresco de la República Mexicana y Compendio de Historia Universal y Particular de México*. 5 v. La más conocida de todas junto con la anterior es *El libro de mis recuerdos. Narraciones Históricas, anecdóticas y de costumbres mexicanas anteriores al actual estado social*. (1904).

Referencias suyas nos proporcionan: José F. Godoy, *Enciclopedia biográfica de contemporáneos*, Washington, Establecimiento Tip. de Thos. W. Cadick, 1898, 322 p.; Ireneo Paz en *Los Hombres prominentes de México*, México. Imp. y Lit. de "La Patria", 1888, 488-II p. ils.; Francisco de P. Piña, "Paganérgico del Sr. Ingeniero D. Antonio García Cubas" y Alberto María Carreño y Esteban Maqueo Castellanos, "Alocuciones en honor de Antonio García Cubas, en *Boletín de la Sociedad de Geografía y Estadística de la República Mexicana*, 10 v. 5a. ep. México, Tip. de Agustín Pardo, 1902-23; V; Jesús Galindo y Villa, "Elogio del señor Ingeniero D. Antonio García Cubas", en *MSCAA*, 46 v. México, Imp. del Gobierno 1887-1927; XXX; Francisco Sosa en *Los Contemporáneos...*; y Artemio de Valle-Arizpe, *La Gran Ciudad de México Tenusitlan perla de la Nueva España, según relatos de antaño y ogaño*, México, Tip. Murguía, 1918, 119 p. También José Luis Rubluo Islas, "Antonio García Cubas el Cronista de México en el siglo XIX", *BBSHCP*, No. 269, 15 abril 1963, p. 18-19.

Fuente: Antonio García Cubas. *El libro de mis recuerdos. Narraciones históricas, anecdóticas y de costumbres mexicanas anteriores al actual estado social*. México, Imprenta de Arturo García Cubas, Hermanos, Sucesores, 1904. 635 p. ils.

EL CONDE RAOUSSET DE BOULBON

La riqueza del famoso mineral "Planchas de Plata", en la Sierra de la Arizona, Sonora, dio motivo en 1852 a la formación de dos Compañías rivales, de las cuales la denominada "Compañía restauradora" de Jecker, Torre y Cía., acudió para garantizar sus intereses al elemento extraño, y la de Forbes, Oseguera y Cía., presidida por Don Eustaquio Barrón, puso los suyos bajo la salvaguardia de la autoridad mexicana, y natural era, y que ésta mostrase preferencia, si es que la hubo, por la segunda de las empresas referidas.

La casa banquera de Jecker celebró un contrato con el Conde Gastón Raousset de Boulbón para la ocupación y estudio del Mineral de la Arizona, dándole al efecto extensos poderes y los recursos necesarios. Raousset salió de México por la vía de Acapulco con dirección a San Francisco de California el 8 de abril del mencionado año, y allí reunió 176 hombres, en su mayor parte franceses, dispuestos a emigrar con motivo, según decían, de los atentados y vejaciones que contra ellos ejercían los californianos, y con esa fuerza, bien armada y equipada, se embarcó el 16 de Mayo con destino al puerto de Guaymas.

Antes de su salida de San Francisco quejábase el buen Conde, en una carta dirigida al Ministro de Francia en México, del gobierno americano cuyos agentes estorbaban la partida de aventureros que pudiesen ir a trastornar el orden establecido en un país amigo como era México, protestaba contra la aplicación de las leyes que para ello se invocaban, considerándola para él y para los suyos vejatoria, puesto que se les confundía con los piratas, y hacía valer, por último la circunstancia de que todos los emigrantes estaban provistos de pasaportes visados por el Cónsul mexicano en San Francisco. Manifestaba además, que nada lo detendría para la consecución de su intento; que iría a la Arizona y descubriría ricas minas de oro y plata; que despertando celos acudirían los californianos a millares para intentar la conquista de Sonora, pero que él desbarataría el intento, estando en ello empeñados sus intereses y su honra, que se le dieran elementos para vencer y vencería, consistiendo éstos en armas, municiones, transportes y víveres para mil hombres que pensaba reunir. Invocaba en abono de sus propósitos el bienestar de Sonora, el buen suceso de la Compañía explotadora y la honra de la Francia. Confiaba en el gobierno mexicano de quien nada tenía

que temer, pues libre de preocupaciones, éste no abrigaba el temor de que la inmigración de franceses a Sonora envolviese una idea de conquista y, en fin, que agradecidos todos ellos al pueblo mexicano que reconocía el carácter caballeroso de los franceses con el que asimilaba el suyo, dispuestos estaban, por intereses y por deber, a defender a todo trance a Sonora, y si necesario fuese asaltar al abordaje la embarcación americana que estorbaba en San Francisco su salida.

Me he detenido en estos pormenores porque concuerdan con algunos rasgos característicos del Conde.

Este contaba para el buen éxito de su empresa con la protección del Ministro francés en México, Mr. Levasseur, y del Cónsul de Francia en San Francisco, Mr. Dillon, quien por recomendación del primero proporcionó a los franceses sus pasaportes gratis, en los momentos oportunos en que el gobierno de Sonora se había decidido por la colonización europea en la frontera, para contener las depredaciones de los indios bárbaros y las excursiones de los aventureros americanos, y a ese fin había obtenido de la legislatura la ley competente.

Parece que Mr. Levasseur había entrado en sociedad con la expresada empresa restauradora del Mineral de la Arizona y placeres de oro en Sonora, pues así lo hace suponer la felicitación que dirigió al Sr. Aguilar, Gobernador de aquel Departamento, por tener su nombre inscrito al lado del suyo en la nómina de la Compañía, pero atendiendo a la incompatibilidad del negocio con la dignidad de su cargo todo lo renunció sin retirar, por eso, la protección que dispensara a la empresa en general, y al Conde Raousset en particular.

Este célebre aventurero desembarcó en Guaymas el 10. de junio al frente de su gente y con dos piezas de artillería, siendo tan bien recibido por el pueblo, según expresiones suyas, que el mismo alcalde del lugar, nada receloso por cierto, le instó para que permitiese que 60 de sus soldados marchasen en la procesión del Corpus.

El uniforme de los 176 franceses que habían hecho la guerra en Africa y servido en la guardia móvil, consistía en la blusa de lana azul, pantalón de casimir del mismo color y sombrero de fieltro, llamando la atención el buen estado de su equipo y armamento.

Raousset debía contar, en virtud de la influencia que en su favor ejercían los agentes diplomáticos, con la protección de las autoridades y pueblo de Sonora; circunstancia que le prometía establecerse allí sin dificultad ninguna y tener bajo su

mando, en poco tiempo, una fuerza de 4,000 franceses dispuestos a combatir con valor, no solamente contra los indios bárbaros, sino contra los aventureros americanos a quienes todos ellos profesaban un odio implacable.

A pesar de la confianza que los funcionarios franceses trataban de inculcar en el ánimo de las autoridades mexicanas, reiterando sus protestas de que los acaudillados por Raousset daban toda clase de garantías por su buen porte y disciplina y de que respetarían las leyes, las costumbres y aun las preocupaciones, el Comandante General de Sonora, Don Miguel Blanco, dio orden, conformándose a las instrucciones del gobierno general, para que los emigrados se detuvieran en Guaymas, mientras no se les diese orden contraria, en el caso de ser conveniente su internación en el país, con el aparato militar que presentaban. Permitiales el gobierno de Sonora que conservasen su organización en calidad de guardia nacional, a condición de sujetarse al Comandante del Departamento y de que todos reconociesen y acatasen las leyes del país. Estas vacilaciones de nuestras autoridades, que rebajaban la dignidad de su gobierno, contrariaban a Raousset, porque retardaban la prosecución de sus planes, aunque lo envalentonaban así como a toda su gente.

Por fin el Comandante General, de acuerdo con el gobernador interino de Sonora Don Fernando Cubillas, cediendo a las instancias de los franceses que ofrecían obedecer las disposiciones de la autoridad, y atendiendo al mal clima de Guaymas, nocivo para aquéllos, y a otras consideraciones que jamás debieron haber influido en el ánimo de las autoridades mexicanas, condescendió en que se internasen en el país con destino a la Arizona, conformándose con asignarles el nombre de colonos y con señalarles la ruta por Ures, Arizpe y Santa Cruz.

Al tener conocimiento de estas disposiciones el Ministro Levasseur mostróse contrariado y ofendido, tanto, que en la nota que el 21 de Agosto pasó a Don Francisco Ramírez, Ministro de Relaciones, hacía alusiones que lastimaban la dignidad y decoro del gobierno del Sr. Arista, tales como las de indicar que aquellos manejos reconocían por causas las sugerencias de la empresa rival "Forbes Oseguera" y otras por el estilo, manifestando que se abstendría ya de dar consejos a quienes los despreciaban y desconocían en él sus buenos oficios y simpatías por México.

El Ministro de Relaciones contestó, como sabía hacerlo Don

Fernando Ramírez, con cierta dureza dentro de los límites de la forma diplomática, proceder que era preciso para desvanecer dignamente los infundados cargos que se hacían a un gobierno, que si en algo había faltado era en haber sido demasiado complaciente en un asunto peligroso.

El general Blanco insistía en que Raousset se le presentase en Arizpe sin aparato militar a fin de arreglar las condiciones según las cuales pudieran aquél y los suyos permanecer legalmente en el territorio sonorensé, a la vez que el célebre aventurero se quejaba de los actos arbitrarios y atentatorios que contra su libertad y los intereses que representaba, ejercían las autoridades mexicanas, lamentos que hacía llegar al Ministro francés.

Entretanto, la expedición aventurera siguió su marcha con dirección a la Arizona, despreciando las órdenes de la autoridad, y de regreso hízose fuerte en el Saric, a unos 45 kilómetros del codiciado mineral "Planchas de Plata", contando ya con 5 piezas de artillería y con una fuerza de 250 hombres, a causa de habersele reunido los franceses que con Mr. de Paudray habían establecido en Cocóspera, al oeste de la Villa del Altar. Este era otro Conde francés, más reflexivo que Raousset, con quien tenía muchos puntos de contacto, pues uno y otro eran de alta alcurnia, de buena presencia, de talento y vida poco arreglada. Algunas fechorías llevadas a cabo por Mr. de Paudray en Francia obligáronle a huir y a refugiarse con 80 franceses en un rincón desierto de la frontera de Sonora; mas habiendo llegado a su noticia que se trataba en México de su extradición, pedida por su Gobierno, se suicidó.

Las condiciones impuestas por la autoridad de Sonora a Mr. Raousset, eran: 1a. Que los franceses habían de sujetarse a las leyes del país.— 2a. Que habían de establecerse en las colonias militares designadas por el Comandante General si deseaban prestar al país sus servicios.— 3a. Que podían establecerse en colonias civiles, sujetándose a la ley de 25 de abril de 1835 y al decreto de 14 de mayo de 1851, manifestando tales propósitos y renunciando su nacionalidad. Desde Saric contestó Raousset al Comandante Blanco, el 16 de septiembre, que no acudía a su llamamiento por no conformarse con ninguna de las proposiciones que se le imponían.

Los franceses continuaron su camino con dirección a Guaymas, el mismo que habían llevado a la Arizona, y proponiéndose el General Blanco salirles al encuentro en compañía de

Pesqueira, avanzó con sus fuerzas abandonando Arizpe. El movimiento emprendido por el General Blanco, haciendo dar un gran rodeo a sus fuerzas para llegar a Hermosillo, cansó a su gente y lo privó de una parte de su artillería y de gran número de soldados, en los momentos críticos en que iba a encontrarse. Los del 4o. Batallón, que competían en valor y arrojo con los ópatas de Pesqueira, eran leones en las peleas según lo habían acreditado; así es que los franceses tenían que habérselas con soldados fogueados, de esos a quienes no se les disputa el laurel de la victoria sino a costa de mucha sangre.

El 14 de octubre, a poco de haber entrado en Hermosillo la fuerza mexicana y de tomar las posiciones convenientes, presentáronse los franceses en tres columnas, empeñándose desde luego el combate.

Los que defendían su territorio y los que trataban de apoderarse de él, peleaban valerosamente, aquéllos con el ardor del entusiasmo patrio, y éstos con el convencimiento del que tiene que vencer o morir; pero fatigados los primeros a causa de sus marchas forzadas por ásperos terrenos, por vericuetos y barrancas, y faltos de alimento, no pudieron, al fin, resistir el empuje de los segundos, que se libraron al combate bien alimentados y después de haber tenido sobrado descanso en su campamento. Flanqueda en la alameda de Hermosillo la parte principal de la fuerza mexicana, por la ausencia de la caballería, su dispersión fue inmediata y los franceses, que en la refriega habían perdido a Garnier, el segundo del Conde Raousset, sólo tuvieron que combatir al subteniente Don Francisco Borunda, que con 30 hombres se había hecho fuerte en una casucha de la población, a quien sólo pudieron aprender después de haber agotado sus soldados las municiones y disparado él el último tiro de su pistola, hiriendo en el cuello a un francés, por lo que éste quiso, más tarde, darle muerte, lo que impidió el Conde diciendo a su compañero: "No tenéis derecho para hacer lo que intentáis, pues fue un valiente que os hirió en buena lid."

Después de la refriega, los franceses prosiguieron su camino con dirección a Guaymas, no sin ser molestados por la caballería que al mando del capitán Felipe Chacón les picaba la retaguardia en el llano llamado de las Avispas, en tanto que el General Blanco, con toda su fuerza reunida y con su artillería se aprestó a un nuevo combate; pero Raousset, en vista

del imponente aparato militar de las fuerzas mexicanas, enarboló el pabellón blanco en las alturas de la Hacienda del Tigre en la que se había encerrado, y al fin capituló en San José de Guaymas el día 4 de noviembre, siendo el resultado de la capitulación la protesta hecha por los franceses, en presencia de un Santo Cristo y con la mano puesta en los santos evangelios, de reconocer las leyes y autoridades del país, estar prontos a disolver su fuerza y a entregar las armas cuya adquisición no fuese por compra legal, y en cambio el General Blanco garantizaba sus vidas y seguridad personal.

Raousset, con todos los suyos, se embarcó para San Francisco California, no sin protestar todos de sus buenas intenciones, manifestando que se les había engañado al asegurarles que habían de conquistar por la fuerza de las armas, el derecho para trabajar las minas.

A pesar de todo, el General Don Miguel Blanco desbarató la primera intentona del famoso aventurero.

En mayo de 1853 el Conde Raousset escribió al Ministro de Francia en México, diciéndole que en verdad había concebido el proyecto de invadir a Sonora para vengarse del gobierno de Don Mariano Arista, que lo había engañado negándole a la gente que a sus inmediatas órdenes debía proteger la explotación de minerales en Sonora, el auxilio que se le había ofrecido; pero que, en vista del cambio político efectuado en el país y de ser el General Santa-Anna el nuevo gobernante desistía de su idea y ofrecía su espada y sus servicios al gobierno.

En virtud de estos propósitos Raousset vino a México y se presentó al presidente Santa-Anna el mes de julio, dando principio a sus conferencias, cuyo objeto era la colonización y la explotación de minas en Sonora.

Algún tiempo después el General Yáñez, gobernador de Sinaloa, descubrió, por una correspondencia que Raousset sostenía con algunas personas, las aviesas miras de éste, cuales eran las de alzarse con una parte del territorio nacional y vincular en ella su soberanía, corroborando el hecho las noticias que acerca del aventurero ministraban los agentes de México en el exterior y muy particularmente las del Cónsul mexicano en San Francisco de California, las que se referían al reclutamiento de aventureros para invadir a Sonora. Las primeras providencias dictadas por el gobierno de México, consistieron en reforzar con tropas nuestra frontera y en ofrecer a los aventureros, que por su miseria entraban en empresas

temerarias, empleos en el ejército, y para contrariar los planes de Raousset, prevínose al Cónsul de San Francisco el envío de dichos aventureros a los puertos de Guaymas, Mazatlán y San Blas, en partidas parciales que no excediesen de 50 hombres, a la vez que se ordenaba a los comandantes de los departamentos de Occidente la inmediata internación de aquéllos para que fuesen distribuidos en los diversos cuerpos del Ejército.

Tales medidas debieron haber desbaratado los planes de Raousset, pero la imprudencia y extralimitación de facultades del Cónsul de San Francisco contrariaron los propósitos del gobierno y favorecieron aquellos, comprometiendo los más sagrados intereses de la República. El expresado Cónsul plantó en San Francisco la bandera de enganche general; tomó a crédito caudales con el enorme interés de un 50 por ciento; suscitó cuestiones enojosas y comprometedoras; promovió el arresto del Vicecónsul francés, y lo peor de todo fue el envío, desobedeciendo órdenes terminantes, de 400 secuaces del Conde, a Guaymas, el único puerto del Departamento codiciado. Prevenido a tiempo el gobierno de la República de la imprudencia del engañado agente diplomático, libró el 19 de abril de 1854 sus órdenes a los comandantes generales de Sonora, Sinaloa, Jalisco y Colima, reiterándoles las prevenciones anteriores, y poco tiempo después dirigió al General Yáñez una nota, en la que manifestándose la desaprobación de los actos del Cónsul, destituido ya y sujeto a juicio, se incluían las órdenes relativas al desarme de aquellos filibusteros y a su disolución, procediéndose a reembarcar para San Francisco a los que así lo quisieren, y para San Blas a los que manifestasen deseos de servir en el Ejército mexicano, prometiéndose a otros su internación en el país, a condición de que los lugares elegidos para su residencia estuviesen retirados 50 leguas de la costa, y que en ninguno de éstos pudiesen permanecer más de 50 hombres.

Secundando los esfuerzos del gobierno para destruir las maquinaciones de Raousset, el Ministro francés, Mr. Alfonso Dano, hizo cuanto pudo, siendo aprobada su conducta por el gobierno de Napoleón, quien igualmente condenaba los actos de los aventureros, tanto que el Secretario de Estado Mr. Drouyn de Lhuys, comunicó las órdenes para que el Ministro de Marina despachara un vapor de guerra para protestar con su presencia en las aguas del Golfo de California, contra la piratería de Raousset, e hizo además, la manifestación siguien-

te: "La Francia no reconoce al que sin órdenes de su gobierno y sin declaración de guerra, toma las armas que ella no le da, para perturbar un país con quien ella está en paz y amistad: el francés que esto hace deja de ser francés."

Los 400 hombres enviados por el Cónsul Valle, en California, franceses en su mayor parte, pocos alemanes, irlandeses y chilenos, desembarcaron en Guaymas y allí permanecieron, a pesar de las reiteradas órdenes que el Gobierno había librado previamente para que fuesen reembarcados, con excepción de los que manifestasen deseos de prestar sus servicios en el ejército. Ofreciendo dificultades el cumplimiento de esas órdenes, por la actitud de los franceses, que exigían el cumplimiento de los ofrecimientos que les había hecho el Cónsul Valle, el General Yáñez, Comandante de Sonora, se resolvió a organizarlos bajo el mando de oficiales por ellos elegidos, dándoles armas, uniformándolos y asignándoles su prest, todo lo que, a mi entender, fue imprudente, pero no tanto que diera motivo para que más tarde el gobierno de México desconociera los buenos servicios prestados a la República por el benemérito General Yáñez.

En los últimos días de junio apareció en las aguas del puerto de Guaymas el pailebot *Belle*, trayendo a bordo al famoso Conde Raousset, quien conducía 200 rifles para los aventureros y desembarcó el 1o. de Julio, animando con su presencia a sus compañeros, que no tuvieron ya reparo en manifestar sus planes hostiles. Diversas conferencias habidas entre Yáñez y Raousset sólo sirvieron para poner en claro la moderación de aquél al tratar de disuadir a los franceses de su loca y temeraria empresa, y la altanería del segundo al imponer condiciones que respiraban sólo odio y venganza contra el Gobierno del general Santa-Anna. La audacia de aquellos aventureros llegó al grado de exigir al comandante de Sonora, el día 13 de julio, como rehenes para su seguridad, armas, municiones y artillería; pero el General Yáñez, que sabía ya a qué atenerse, propuso a aquéllos un corto plazo para contestar, con el intento de disponerse convenientemente a la pelea, la que no se hizo esperar mucho tiempo. A las dos y media de la tarde, los franceses organizados en cuatro secciones emprendieron el ataque contra las posiciones de los mexicanos, obedeciendo las instrucciones que previamente les había dado Raousset, tales eran: obrar sin escuchar parlamentarios, avanzar los tiradores protegiendo la marcha de la columna, y tirar de preferencia a los artilleros; asaltar el fortín del muelle y

convergir todas las columnas que por distintos rumbos habían de partir, al cuartel general, y tomar a la bayoneta la artillería para volverla inmediatamente contra los mexicanos.

Como cuerpos de aventureros que ninguna nacionalidad representaban, diversas eran las banderas que los guiaba al combate; unas eran negras con cruz blanca o de tableros negros y blancos, y otras negras con cruz amarilla o blancas con el centro azul, tales eran los pendones protectores de los que pretendían desgarrar el glorioso pabellón de Iguala.

Conformándose con las instrucciones sobredichas, desprendiéndose de su cuartel los franceses, y tomando las columnas distintos rumbos cayeron con ímpetu sobre el baluarte de los mexicanos; sus tiradores pusieron fuera de combate a nuestros artilleros con su capitán Don Mariano Alvarez, pero los cañones no volvieron sus bocas contra los defensores del territorio, sino que, servidos nuevamente por artilleros improvisados, siguieron vomitando la metralla contra los audaces enemigos. Estos atacaban con brío, mas sus fuerzas se estrellaron ante la heroica resistencia de nuestra escasa fuerza. Mientras el Capitán deshacía la fuerza que obraba en la calle del Cuartel, el subteniente Palomares cubría la cárcel y peleaba valerosamente ayudado por los presos, a tiempo que el General Ramírez Arellano, daba auxilio al fortín del Muelle, defendido por el subteniente José María Prieto, impidiendo el asalto. Destruído por completo el plan del Conde, trocáronse los papales, tomando la ofensiva los mexicanos y la defensiva los piratas; Raousset se encastilló en la casa de Don Miguel Díaz, y la mayor parte de los perseguidos se encerraron en el Hotel Sonora, pero ni aquél ni éstos pudieron sostenerse por mucho tiempo. Asaltada la casa de Díaz, Raousset hubo de abandonarla y perseguido por la sección que mandaba el subteniente Miguel Gutiérrez, eficazmente ayudado por el valeroso español Don Jorge Martiñón, preceptor de la escuela pública de Guaymas, fue hecho prisionero, a la espalda del cuartel, presentando su espada ensangrentada, en tanto que en el hotel todos los que quedaron vivos se rindieron a discreción. Al cabo de tres horas de un rudo combate las alegres dianas y los entusiastas ¡vivas! a la República, anunciaron el completo triunfo de las armas mexicanas. 48 muertos del enemigo, 78 heridos, 76 prisionero y 159 rendidos a discreción, fueron el resultado de aquella gloriosa campaña, cuya fecha, 13 de julio de 1854, quedó indeleblemente marcada en los fastos de nuestra historia.

El cónsul francés, en cuya casa algunos de los enemigos se refugiaron, pidió gracia para ellos al General Yáñez, en nombre de S. M. Napoleón III, en virtud de haber sido engañados por el Conde, y el defensor de Guaymas ofreció el perdón a nombre del Presidente Santa-Anna. Este fue otro motivo que la envidia supo explotar para empeorar la causa del ameritado General Yáñez.

La fuerza mexicana ascendía a 354 hombres así distribuidos:

| | |
|--|-----|
| Estado Mayor | 13 |
| Artillería | 22 |
| 3er. Batallón | 99 |
| Piquete San Blas | 3 |
| Irlandeses y chilenos que vinieron con los de Raousset | 28 |
| Batallón urbano de Guaymas | 120 |
| 2o. Batallón de Guadalajara | 69 |

354

El Conde Raousset nombró su defensor, que no fue otro que aquel Subteniente Borunda que también combatió en la primera intentona, y agradecido aquél por sus buenos oficios dejóle su anillo y sus pistolas.

Substanciada la causa, Raousset fue fusilado en la plazuela del Muelle a las seis de la mañana del día 12 de agosto de 1854. Murió con valor y, como Maximiliano, sólo pidió que no se le tirase a la cara. Hizo sus disposiciones testamentarias, escribió cartas muy sentidas a los de su familia y recibió los últimos auxilios espirituales que le impartió el párroco de Guaymas, Don Vicente Oviedo.

Una extendida loma que desde el mar se observa circundada de peñascos, señala el cementerio en que duerme el eterno sueño aquel hombre cuya desmedida ambición lo apartó de la senda de la verdadera gloria.